

REVISIÓN

ERIC HOBSBAWM EN AMÉRICA LATINA. UNA REVISIÓN

José Antonio Piqueras
Universitat Jaume I

El eco que ha dejado la desaparición de Eric Hobsbawm a comienzos de octubre de 2012 es un indicador fiable de la repercusión internacional de su obra. En Europa, América Latina, la India y Estados Unidos se han sucedido los obituarios y los tributos, a menudo mediante la evocación del significado que su lectura tuvo entre los historiadores desde los años sesenta del pasado siglo. La formidable difusión internacional de su libro *The Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991* (el título de la traducción española se dejó en un neutro *Historia del siglo XX*), desbordó desde su aparición en 1994 la frontera de profesores y estudiantes y relanzó para el gran público la edición de la trilogía que dedicara al largo siglo XIX (*La era de la revolución, La era del capital, La era del imperio*), motivó su traducción a otros muchos idiomas y volvió a poner al alcance de los universitarios en lengua inglesa y española la mayor parte de su obra anterior. La *Historia del siglo XX* tuvo nueve reimpressiones en el Reino Unido en los seis primeros meses desde su aparición, cuatro en Argentina en los

ocho meses siguientes a su salida en 1998 y veintiuna ediciones en España entre 1995 y 2009. El éxito resultaba más extraordinario al tratarse de un historiador marxista en la era del anunciado “final de la historia”.

ADIÓS A TODO ESTO

Con rara intuición, Hobsbawm había sabido captar antes que muchos el sentido de un siglo, con sus sueños y frustraciones, que de repente, en 1991, se había cerrado sin mediar dos de sus fenómenos característicos: verdaderas acciones de masas y violencia. Sencillamente, se había colapsado el sistema eurosoviético y en su caída arrastraba el orden global nacido en 1945 como *realpolitik* a la situación de sistemas confrontados creada por la revolución de 1917.

Realmente era un mundo, el que se había conocido, que desaparecía. Y dejaba algo más que serias dudas sobre las ideas que lo habían inspirado. Liquidados los antagonismos de bloques y de las sociedades constituidas, lejos de significar el triunfo definitivo y armonioso de la democracia liberal y el capitalismo, se incrementaba el desorden global, se hacía más patente la brecha entre países desarrollados y países atrasados, la decisión de los ciudadanos se manifestaba poco relevante en la orientación de las políticas y las fuerzas del mercado dejaban al desnudo las insuficiencias de los estados nacionales al momento de proporcionar bienestar —y seguridad en muchos casos— a sus ciudadanos. Entre el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad, en palabras de su admirado Gramsci, el historiador concluía que la alternativa a una nueva sociedad transformada era la oscuridad.

Hobsbawm era un autor suficientemente conocido en el medio académico y aun por minorías curiosas de los aficionados al jazz. Después del otoño de 1994 comenzó a serlo para un público mucho más diverso. Especialistas y estudiantes de historia, personas ávidas de cultura, gente comprometida con las transformaciones sociales y políticas y por la evolución de la izquierda constituían el amplio espectro de sus seguidores. El compromiso marxista y una militancia comunista nada accidental resultan inseparables de una trayectoria vital y una orientación profesional: en confesión propia, llegó a ser historiador desde la “pasión por la política” y la voluntad de dar a sus lecturas de literatura y al convulso momento que se vivía en la primera mitad de los años treinta “una interpretación marxista, esto es, esencialmente histórica” (*Años*, p. 96).¹ Darse a la tarea de interpretar el mundo era una condición para cambiarlo. Los obituarios lo han recordado a veces en el peor sentido al descontextualizar el momento histórico del compromiso político y de la lealtad a una idea, y no han faltado quienes con argumentos de la Guerra Fría, han reprobado que continuara afiliado al PC británico después de Stalin y la invasión de Hungría (*The Wall Street Journal* se pregunta: “¿Cómo puede uno explicar los cálidos elogios ofrendados a un apologeta de toda la vida del comunismo soviético?”).² Como si hubiera una forma única de concebir los ideales nobles de

¹ HOBSBAWM, *Años interesantes* es citado en el artículo como *Años*, seguido de la página. En PANIAGUA y PIQUERAS, “Comprender la totalidad”, p. 30, es más explícito: “El comunismo, en mi caso personal, fue la base de mi interés por la historia”, una preocupación que considera ideológica antes que política.

² STEPHENS, “Eric Hobsbawm and the Details of History”.

justicia e igualdad, de pensar el marxismo y los cambios que lleven a una sociedad diferente.

La razón del eco duradero de Eric Hobsbawm habría de buscarse en una combinación de elementos que supo manejar con maestría. Si hubiéramos de resumirlos, destacaríamos tres: *a*) la capacidad de integrar información muy diversa –a los 18 años se autodefine como “rápido en cazar las cosas”– al servicio de explicaciones complejas rara vez supeditadas a una causa única, capacidad de síntesis, en suma, combinada con argumentos potentes, *b*) una perspectiva analítica, interpretativa, servida por una exposición narrativa no exenta de elegancia, sin que pueda ser confundida con la “historia narrativa” que Lawrence Stone saludara en 1979, ese relato ordenado de forma cronológica en torno a los avatares de los sujetos y un discurso literariamente cuidado que prescinde de los grandes porqué, al estilo tradicional historicista,³ y *c*) un sistema persuasivo a la hora de presentar y acercar al lector las grandes cuestiones, a menudo a partir de experiencias singulares y la evocación de episodios de apariencia anecdótica que conducen a situaciones que exceden al individuo. Porque al final estaban las grandes preguntas, los grandes problemas, las visiones globales: el porqué de los fenómenos históricos. Y la tarea primordial del historiador, creía, consistía en buscar problemáticas y en ofrecer las explicaciones desde la convicción de que las cuestiones permanecen, no así las respuestas.⁴

En las últimas décadas, a la vez que su obra se hacía más universal, no ocultaba la perplejidad que le suscitaba la

³ HOBBSAWM, “The Revival of Narrative”, pp. 3-8.

⁴ En PANIAGUA y PIQUERAS, “Comprender la totalidad”, p. 9.

deriva de la historiografía particularista, significativa, subjetiva, debido a la evolución de la “nueva historia cultural” y del giro lingüístico que situaba en una creciente desconfianza intelectual hacia el racionalismo. En noviembre de 2004, con motivo de una sesión en la Academia Británica, dedicó una reflexión al mayor obstáculo que en su opinión se interponía en el trabajo del historiador: la barrera levantada entre “lo que ocurrió o lo que ocurre en historia, y nuestra capacidad para observar esos hechos y entenderlos”. El problema radicaba, a su juicio, en la negativa a admitir la diferencia entre una realidad objetiva y la posición de un observador que posee fines diversos y cambiantes, “o al hecho de sostener que somos incapaces de superar los límites del lenguaje, es decir, de los conceptos, que son el único medio que tenemos para poder hablar del mundo, incluyendo el pasado”. El resultado era un auge del anti-universalismo, la relativización de las versiones y de las interpretaciones del investigador, que en lugar de esforzarse por ofrecer explicaciones racionales se vuelca en señalar la “significación”, el cómo los individuos de una colectividad experimentan lo ocurrido en oposición a los demás.⁵

La formación recibida en Cambridge y el clima hostil al marxismo en el medio académico británico de la Guerra Fría lo llevaron a aprender pronto la necesidad de mantenerse pegado a la información factual, al empirismo como medida de las cosas y de los autores, fuera del cual sólo quedaba la preeminencia de la ideología y, peor aún, la aplicación de esquemas dogmáticos. Aprendió también a formar lo que gustaba definir como “coaliciones” por una renovación de la

⁵ HOBSBAWM, “El desafío de la razón”.

historia –*Past & Present* (1952) fue su mejor exponente– y a contender con otras interpretaciones prescindiendo del lenguaje hasta cierto punto críptico e iniciático del marxismo.

El marxismo fue una inspiración constante de su obra, nunca un homenaje a una corriente teórica y metodológica ni un instrumento para proveer de munición a la política, hasta el punto de subordinarse a ésta. Aunque es obvio que nunca renunció a elaborar una agenda historiográfica sostenida por preocupaciones políticas y en ocasiones –a propósito del campesinado y de la caracterización del anarquismo– no es seguro que lograra sustraerse a determinados prejuicios.

La teoría formaba parte de la mirada del autor sin que precisara integrar el relato ni sobrevolar un trabajo por lo común realizado a ras de los hechos históricos. Los tornillos del armazón en sus primeras obras de síntesis, despojados de las categorías habituales del materialismo histórico después de que le fuera devuelto un original por “demasiado tendencioso” (*Años*, p. 176), quedaron tan ocultos que al censor de la España de la dictadura franquista le pasó desapercibida en 1964 la orientación de *The Age of Revolution, 1789-1848*. Dos años antes lo había editado en Londres la casa Weidenfeld and Nicolson como parte de una historia ilustrada de los siglos XIX y XX, un proyecto internacional de notable éxito en varios países. En español fue presentado con un título menos abierto, *Las revoluciones burguesas*, por una editorial cristiana, Guadarrama, con la traducción (“notablemente imperfecta” –*Años*, p. 280) de un falangista recalcitrante –Ximénez de Sandoval– y en una colección –Punto Omega– que dirigía el escritor rumano exiliado Vintila Horia, de pasado fascista y juventud antisemita, seguramente desco-

necedor del autor que publicaba: un comunista judío medio inglés y medio austriaco.

Si nos preguntamos por la contribución de Eric Hobsbawm a la historiografía hay que comenzar diciendo que quizá haya sido el autor que con más persistencia abordó la historia desde abajo que recomendara Lefebvre –la *perspective d'en bas*–. Interesado por grandes preguntas nunca se propuso construir una “gran respuesta” que llevara a pensar el pasado de manera diferente: el origen o la articulación del capitalismo, la naturaleza de las clases modernas, una teoría de la movilización social, los nexos entre estructuras, coyunturas y acontecimientos, el papel de la cultura al permear las conductas en rivalidad con las realidades materiales, etc. En cambio, es difícil separar su mirada de la consideración que hoy merecen los destructores de máquinas y el nivel de vida de los trabajadores durante la revolución industrial, la distinción entre formación de la clase trabajadora y clase obrera industrial, los vínculos de la que denominó “revolución dual”, las protestas que calificó de prepolíticas y primitivas o el bandolerismo social, la cuestión de la aristocracia obrera y de las culturas no revolucionarias desarrolladas por amplios segmentos de la clase trabajadora, la relevancia de las tradiciones inventadas en la consolidación de determinado orden de cosas desde una época relativamente cercana, la construcción de los nacionalismos étnico-lingüísticos en sociedades que evolucionan mucho más rápido que las mentalidades y dejan a los individuos huérfanos de certezas. El gremio tiene razones suficientes para estarle reconocido: cuántas investigaciones no han sido iluminadas por sus ideas y cuántas se han debido a la pretensión de refutarlo. El lector común dispone de otros

motivos: ayudó a explicar un mundo en cambio constante y supo situar esos cambios en dinámicas amplias. Se ocupó esencialmente del siglo XIX y no descuidó los “tiempos interesantes” que vivió (1917-2012) e inspiraron el título originario de sus memorias (*Interesting Times*).

CREADO PARA SOCAVAR VERDADES CONVENCIONALES

El lector latinoamericano de Hobsbawm puede celebrar que su obra haya estado presente antes y mucho más que en cualquier otro lugar, al igual que en España e Italia. En Brasil, *Rebeldes primitivos*, *Bandidos* y los dos primeros volúmenes de sus síntesis sobre el siglo XIX fueron publicados de 1970 a 1978; la mayoría de sus libros tuvieron que aguardar a ser traducidos al portugués al cese de la dictadura en 1985. El retraso fue compensado con creces: después de *A era dos extremos. O breve século XX* (Companhia das Letras, 1995) se han publicado hasta 20 nuevos títulos suyos, entre ellos los 12 volúmenes de la *História do marxismo* dirigida por Hobsbawm (editora Paz e Terra, 1985), que únicamente se había completado en la edición italiana de Einaudi.

No son pocos los historiadores que admiten haberse inclinado a la historia social, al pasado de las clases subalternas, a partir de la lectura de Hobsbawm y de quienes con él formaron la corriente que Kaye llamó de “historiadores marxistas británicos”. En 2005 fui testigo de la capacidad de convocatoria que tuvo su nombre en el congreso-homenaje que en México le tributó la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Varios centenares de estudiantes y numerosos profesores abarrotaban el anfiteatro donde tenía lugar

el encuentro, insuficiente cuando llegó el momento de su intervención por videoconferencia desde Londres.

El historiador social contaba con otro tipo de lector: el militante político y sindical comprometido que se hacía preguntas con sus textos y a veces compartía respuestas. El historiador social argentino Pablo Pozzi relata dos anécdotas ilustrativas: tiempo atrás, varios activistas de un complejo industrial metalúrgico lo invitaron a debatir la historia de la clase obrera de su país. Sus interlocutores eran “militantes marxistas revolucionarios”, lo que significa, decodificada la atribución, que debían pertenecer a una de las varias fracciones del trotskismo local o eran supervivientes del maoísmo. Los encontró en una discusión sobre los estudios de Hobsbawm reunidos en *Trabajadores* y la actualidad que en Argentina tenía el debate sobre la aristocracia obrera; las tradiciones de los obreros ingleses “les sugerían una inmensa cantidad de cosas sobre sí mismos y sobre cómo activar en la fábrica”. El segundo caso era más reciente y volvía a tener protagonistas de orientación “revolucionaria”, presentados por su filiación al Centro de Estudios de Investigaciones Políticas León Trotsky. Estaban entregados a una discusión sobre el autor de *Historia del siglo XX*, que unos descalificaban por reformista y otros por estalinista, cuando una historiadora trotskista, indignada, puso fin a la controversia: “¡Che, pero es Hobsbawm!”. Pozzi refiere cómo “aun en este ámbito”, el autor “trascendía las rencillas y los dogmatismos de la izquierda”.⁶ El relato merece ser cierto a pesar de la coincidencia de los adjetivos hostiles utilizados por las publicaciones de esta corriente y el *Wall Street Journal* con motivo del deceso de nuestro autor.

⁶ Pozzi, “Eric Hobsbawm”, pp. 10-11.

Lo que posiblemente desconocían los activistas citados en la primera anécdota era que el paralelismo pasado/presente estaba en el origen del interés de Hobsbawm sobre la cuestión de la “aristocracia obrera”, esto es, una minoría que debido a la habilidad adquirida, de las ventajas conseguidas en la asociación gremial o en las asociaciones laborales lograba asegurar un empleo e ingresos estables, situación que le permitía gozar de un estatus diferenciado para ellos y sus familias y condicionaba su liderazgo sindical y político. El tema había sido motivo de un artículo de 1954, recopilado en *Trabajadores*, el mismo que los metalúrgicos argentinos debatían. De 1977 a 1979 escribió otros tres textos, el principal llevado a *El mundo del trabajo*. El autor volvía a interesarse por el tema durante el segundo gobierno laborista de Harold Wilson, con análisis históricos pero también con un artículo en la revista teórica de los comunistas, *Marxism Today*, en el que se preguntaba si el movimiento obrero británico había alcanzado el límite de su avance. Hobsbawm deducía de la reciente evolución de la economía que el proletariado industrial entraba en una fase de reducción cuantitativa y de sectorialización. Los dirigentes sindicales, añadía, habían orientado su acción en los años de crecimiento económico a lograr mejoras para sus respectivos sectores. Los trabajadores públicos, cada vez más numerosos en una economía mixta, evaluaban menos la presión que podían ejercer sobre su patrón, el Estado, y calculaban los inconvenientes que podían causar al público para hacer triunfar sus demandas, de lo que nacían divisiones y la impopularidad social de sus protestas (*Años*, p. 246).

“[...] el ayer encuentra el mañana en el presente”, sostenía en la conversación que mantuvimos con él.⁷ Comprender el pasado por el presente y a la inversa había sido la invitación de Marc Bloch. Mientras el presente del movimiento obrero en Europa declinaba y el reformismo había desplazado toda expectativa revolucionaria, desde comienzos de los años sesenta los estudios históricos y la política se hallaban más unidos en América Latina (*Años*, p. 282). He aquí el origen de una aproximación duradera de alguien que nunca pretendió pasar por especialista en la historia del hemisferio americano. De nuevo la pasión política se entrecruza con la característica que juzga inseparable de la condición de historiador: tener “los ojos abiertos” a lo que sucede alrededor. Situándose en aquella época, afirma: “América Latina cambió mi perspectiva de la historia del resto del planeta, aunque sólo fuera porque eliminó la línea divisoria existente entre los países ‘desarrollados’ y el ‘Tercer Mundo’, el presente y el pasado histórico”. La divisoria ficticia que oscurece la comprensión de los fenómenos pasados y aísla el tiempo actual de sus raíces y le priva de perspectiva se diluía, así lo cree, en un continente en ebullición sobre el que llamaba la atención un episodio inesperado, el triunfo de la revolución en Cuba en 1959 y, en especial, la orientación antiimperialista que pronto adoptó, seguida de la no menos inesperada declaración de su carácter socialista.

El fogonazo dio paso a un interés más profundo: “en cuanto historiador, la revelación de Latinoamérica no fue regional, sino general. Ha sido un laboratorio del cambio histórico, casi siempre muy distinto de lo que habría cabido

⁷ PANIAGUA y PIQUERAS, “Comprender la totalidad”, p. 5.

esperar, un continente creado para socavar las verdades convencionales”. En el siglo xx, en menos de lo que dura la mitad de la vida de una persona, se admira al girar la vista atrás, la evolución de este continente ha sido prodigiosa: del auge a la decadencia de la agricultura de exportación, de las talas de bosques para el desarrollo agrícola a la desaparición del campesinado. Para quien se interesaba por la incidencia de los cambios históricos en la forma de afrontar las situaciones nuevas –fueran los artesanos, los trabajadores de la era industrial o los campesinos quienes los vivían–, las rápidas transformaciones que se operaban en América Latina ofrecían un observatorio privilegiado frente a la estabilidad del Occidente Nordatlántico o esos mundos para él mucho más desconocidos e inmutables de África y Asia. “Latinoamérica era un sueño para los historiadores comparatistas”, concluye. No era sólo el historiador quien hallaba inspiración, era el marxista comprometido que, a diferencia de lo que encontraba en Europa, creía que allí las revoluciones eran “necesarias y posibles”.⁸ Todavía a comienzos de 2011, confesaba: “En este momento, ideológicamente, me siento más en casa en América Latina porque sigue siendo el lugar en el mundo donde la gente todavía habla y dirige la política con el viejo lenguaje, el lenguaje del siglo xix y del xx de socialismo, comunismo y marxismo”.⁹

¿Cuánto de reales tenían esas perspectivas en América Latina, al margen de que muchos pongan en duda si el lenguaje político que hoy se habla sea también aquí el de los dos siglos anteriores? Los juicios de Hobsbawm se modi-

⁸ HOBBSAWM, *Años*, pp. 343-345; HOBBSAWM, *Historia*, p. 433.

⁹ HUNT, “Eric Hobsbawm: a conversation about Marx”.

ficaron con el paso del tiempo. Expectante a comienzos de la década de los sesenta, a medida que recorrió diversos países americanos alimentó su escepticismo —“desacuerdo razonado” son sus palabras— acerca de las posibilidades de una transformación revolucionaria y del éxito de los grupos guerrilleros que se multiplicaban con resultados trágicos y siempre adversos para sus promotores. En 1970 escribiría un balance para *Socialist Register*, la revista que editaban Ralph Miliband y John Saville, sobre “los doce errores comunes [de la izquierda] sobre la guerrilla” en Sudamérica. La revolución, sostenía, quizá podía llegar de la crisis política interna de uno u otro país, precipitada por la permanente inestabilidad institucional, pero los marxistas que podían dirigir el proceso —en este punto se manifestaba ortodoxo— no constituían una fuerza destacada y estaban divididos en casi todos los lugares, hallándose incapacitados para ejercer el liderazgo político. Si la revolución cubana había demostrado que la insurrección era posible, el modelo era difícilmente repetible. Como escribiría más tarde, unos guerrilleros relativamente escasos habían triunfado sobre “un mal régimen con pocos apoyos” sin levantar todavía la sospecha de Estados Unidos. De otro lado, en Latinoamérica los campesinos no eran en absoluto pasivos; mas las condiciones de los peones sin tierra favorecían la formación de sindicatos rurales que defendieran el salario antes que lanzarse a rebeliones. Esos campesinos, ideológicamente indefinidos, expresaban sus demandas de las formas más variadas sin excluir el recurso a sus organizaciones comunitarias, pero se veían acosados por los hombres puestos en armas por los hacendados con el pretexto de combatir a los bandidos. El bandolerismo social, de otra parte, formaba parte

de los repertorios históricos de protesta rural sin resultados políticos ni alcance nacional en la mayoría de los casos. En contra de lo que algunos afirmaban entonces, Hobsbawm consideraba que las milicias armadas de auto-defensa contra incursiones externas, formadas en Colombia y Perú, podían evolucionar hacia guerrillas mucho más articuladas y políticas. Su composición era de forma abrumadora campesina. ¿Era eso suficiente, se pregunta, como afirmaban los maoístas y otros impacientes desengañados de las tácticas pacíficas del comunismo oficial? Él no lo creía, ni siquiera en Colombia, donde el PC se había puesto al frente de la gente armada y las condiciones parecían más favorables porque enlazaban con una situación de considerable desigualdad y con una confrontación violenta, una revolución social frustrada que hundía sus raíces en el pasado de las guerras civiles y del caos posterior al asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, el líder liberal que conducía a los suyos hacia un partido de masas de pobres, a la izquierda.¹⁰

El deslumbramiento por la revolución cubana duró poco. En 1960 viaja a la isla y regresa en 1962. Del primer viaje registra en sus memorias la identificación popular con el gobierno revolucionario y la vitalidad de la población. Del segundo apenas anota haber actuado de intérprete del *Che* en el almuerzo que ofreció a la delegación de la que formaba parte y un despreocupado recorrido por los barrios negros de La Habana para escuchar “música maravillosa”. En 1968 vuelve por tercera vez para participar en uno de los

¹⁰ HOBBSAWM, “Guerrillas in Latin America”, pp. 51-61. El análisis sobre el periodo de “la Violencia”, en HOBBSAWM, *Rebeldes primitivos*, pp. 263-273.

multitudinarios congresos de intelectuales (una “invasión del pasado del Barrio Latino”), de la “izquierda itinerante” heterodoxa que el gobierno utilizaba con fines internos y de carta de negociación diplomática con la Unión Soviética. El viaje le permitió constatar “el desastre evidente que Cuba había hecho de su economía” (*Años*, p. 240). Más tarde lamentará el abandono por la revolución de su vía original. Cuánto de estas consideraciones pertenecen al momento en que son escritas, 1994, y cuánto a la percepción de 1968 puede ser materia de discusión: nos resulta difícil establecer si la mirada retrospectiva a un tiempo emocionante, la revolución hecha por jóvenes iconoclastas, heterodoxa en tanto tenía lugar fuera de los márgenes tradicionales de la acción inspirada por un partido obrero, comprende también el juicio adverso temprano a la deriva voluntarista y al “aventurerismo” pan-latinoamericano que Hobsbawm desaprueba después, para terminar distanciado de una transformación subsidiada desde el exterior al precio de importar un modelo político e ideológico soviético.

La única experiencia socialista de América Latina apenas merece unas líneas algo displicentes en su *Historia del siglo XX*. Fidel Castro es presentado como un joven carismático de familia terrateniente “con ideas políticas confusas”, decidido a “convertirse en el héroe de cualquier causa de la libertad contra la tiranía”. Con lemas imprecisos que pertenecían a una era anterior de los movimientos de liberación, pasó de “un oscuro periodo entre las bandas de pistoleros de la política estudiantil en la Universidad de La Habana” a la rebelión contra el gobierno. La dirigencia revolucionaria era radical, añade, pero excepto en un par de casos carecía de simpatía por el marxismo. Fueron las condiciones de una

revolución antiimperialista en el contexto de la Guerra Fría las que empujaron hacia el comunismo. Cuando conoció a Castro en 1968, “hablaba durante horas, compartiendo sus poco sistemáticos pensamientos con las multitudes atentas e incondicionales (incluyendo al que esto escribe –dice)”. Cuba había alentado la insurrección continental sin contar con el respaldo de la principal fuerza social, los campesinos. Por el contrario, esa rebelión era llevada a las zonas rurales “por jóvenes intelectuales que procedían de las clases medias [...], más tarde, por una nueva generación de hijos y (más raramente) hijas estudiantes de la creciente pequeña burguesía rural”. El balance de aquellas experiencias no podía ser más negativo, incluidas aquellas zonas –Colombia y Centroamérica– donde existían ciertas condiciones y un grupo organizado: “Resultaron ser un error espectacular”. Mientras los ideólogos pretendían movilizar millones de campesinos “contra las asediadas fortalezas urbanas del sistema, esos millones estaban abandonando sus pueblos para irse a las mismísimas ciudades”. Los intentos guerrilleros nunca llegaron a representar una amenaza real para el sistema pero “proporcionaron una excusa a la despiadada represión del régimen”, en perjuicio de los movimientos civiles.¹¹

Los ideólogos guevaristas confundían la desigualdad y la pobreza, la inestabilidad de los regímenes políticos y las situaciones revolucionarias. Y veían condiciones naturales para que prendiera la conciencia política mediante la acción armada de una minoría. Entre tanto, las oligarquías, las Fuerzas Armadas y Estados Unidos tomaron cartas en el asunto y diezmaron a los insurgentes y las posibilidades de

¹¹ HOBBSAWM, *Historia*, pp. 293 (campesinos) y 438-440 (Fidel, guerrillas).

avance político en el medio rural y en el espacio dominante, las ciudades. Una población trasplantada a nuevas condiciones urbanas que impactaban fuertemente en su vida cotidiana se inclinaba por “soluciones y certidumbres simples”. “A eso yo lo llamo –concluye Hobsbawm– la política de la identidad”.¹²

Entre la expectativa revolucionaria, que evita identificar con el foquismo, la experiencia de Salvador Allende de construcción pacífica del socialismo en la que a partes iguales depositó simpatías y escasas esperanzas, y el reformismo que se servía de medidas radicales, Hobsbawm se inclinaba por este último. Extraña paradoja, pues al mismo tiempo censuraba la orientación del reformismo europeo y en particular la adaptación del laborismo británico al sistema.¹³ En Latinoamérica creía que el reformismo radical se adecuaba mejor a las condiciones específicas y de su progreso podían esperarse resultados efectivos. El ejemplo que ofrecía era el Perú del gobierno militar de Velasco Alvarado (1968-1975) y su reforma agraria (“lo más positivo de la historia peruana contemporánea”).¹⁴ La reforma dio sanción legal y proporcionó una estructura productiva moderna mediante cooperativas y sociedades agrarias a la acción campesina de ocupación de la tierra que había sido llevada a cabo en la década de 1960 y había dejado maltrecha la propiedad latifundista.¹⁵ Hobsbawm antepuso el ejemplo de esa reforma

¹² PANFICHI, “Una entrevista con Eric Hobsbawm”, p. 371.

¹³ Véase HOBSBAWM, *Rebeldes primitivos*, nota a la Introducción, pp. 23-26, para la distinción entre movimientos revolucionarios y reformistas en principios y métodos.

¹⁴ PANFICHI, “Una entrevista con Eric Hobsbawm”, p. 373.

¹⁵ HOBSBAWM, “A Case of Neo-Feudalism”, pp. 31-50; “Peasant Land

agraria radical al “sueño suicida” del *Che*. Cuando explicó estas ideas en la Universidad de San Marcos, el auditorio joven ganado por el maoísmo, en buena medida –dice– un rito de paso social de los hijos de la clase media chola, manifestó su disconformidad de forma ruidosa. Poco más tarde Sendero Luminoso demostraría que una acción armada era posible en el medio rural de Perú, afirma, pero no del estilo de la que se puso en pie, pues por sus medios y objetivos era “una causa que no merecía triunfar” (*Años*, pp. 346-347).

La cuestión referida es central en la concepción de Hobsbawm sobre América Latina y los campesinos, de la capacidad de estos para organizarse en grupos marginales –bandolerismo– o por medio de movimientos amplios comunitarios dirigidos a trastocar el orden establecido. Al mismo tiempo, el caso andino mostraba la incapacidad política de esos campesinos para pensarse en sentido nacional (supra-comunitario y supra-étnico), lo cual los invalidaba como clase revolucionaria si no eran asistidos “desde fuera”, injertándoles “las ideas adecuadas acerca de la organización política, de la estrategia y de la táctica, y el programa conveniente”, como había escrito a propósito de los movimientos milenaristas.¹⁶ Esa inspiración podía llegarles fácilmente desde el comunismo, como había visto en los sindicatos del distrito de La Convención, en Perú, organizados por el PC, o en la receptividad que hacia los comunistas había

Occupations”, pp. 120-152; *Rebeldes primitivos*, pp. 274-297.

¹⁶ HOBBSAWM, *Rebeldes primitivos*, p. 141. También HOBBSAWM, “Peasants and Politics”, pp. 3-22. Una crítica incisiva desde la perspectiva de la economía campesina y de la consideración del campesino como sujeto revolucionario, en GONZÁLEZ DE MOLINA, “Los mitos de la modernidad”, pp. 113-157.

encontrado entre los campesinos, que a su pregunta sobre si sabía quiénes eran, contestaban: “hombres que reclaman sus derechos”.¹⁷

Flores Galindo, probablemente el historiador más innovador que haya dado Perú, hizo ver lo que el británico no logró percibir: con la reforma de 1969 el Estado bloqueaba la movilización autónoma de los campesinos; al promover la integración en las sociedades agrarias de las tierras de las comunidades, muchas veces usurpadas por las haciendas, privaba a los comuneros de su verdadero objetivo: el restablecimiento de las primeras. Es cierto que la nueva estructura de tipo empresarial favorecía a los campesinos. Podemos añadir que se orientaban al mercado en detrimento de los deseos de muchos de recuperar una agricultura pensada antes para satisfacer el autoconsumo que a la generación de excedentes. Hobsbawm hubiera repuesto que por eso mismo los objetivos campesinos no eran revolucionarios, y que el regreso a modalidades tradicionales de tenencia hubiera prorrogado la vulnerabilidad de esos sectores, como sucedía en todas partes, debilidad resuelta a medio y largo plazo con la emigración a la ciudad en busca de trabajo regular y una participación mayor en la renta nacional. Flores Galindo, muy receptivo a los problemas planteados por Hobsbawm, por ejemplo a su tesis sobre el milenarismo, aporta otras consecuencias: la reforma prescindió de los propietarios pero mantuvo la estructura de la propiedad, y si eliminó el sustento en la tierra de los viejos poderes locales, reemplazados por funcionarios, en muchos lugares dejó un “vacío de poder” que sería ocupado por narcotraficantes y por la

¹⁷ HOBSBAWM, *Rebeldes primitivos*, p. 297.

organización clandestina que terminaría siendo Sendero Luminoso, de extracción social campesina, servida de una ideología defensiva frente al capitalismo, de discurso indigenista y resonancias milenaristas, de una violencia feroz.¹⁸ El “principio universal de la guerra revolucionaria” ocasionaría no menos de 40 000 víctimas; también, lo recordaba Hobsbawm en uno de sus últimos libros (*Guerra y paz en el siglo XXI*, 2007), las atrocidades insurgentes fueron utilizadas por el Estado para desplegar una violencia todavía superior sobre la población campesina, de consecuencias mal evaluadas.

En años recientes sus simpatías y esperanzas las depositó en el Partido dos Trabalhadores (PT) de Brasil, al que definía como una suerte de partido laborista al estilo fin de siglo XIX: tenía una base de clase trabajadora sindicada y aliada a intelectuales y pobres, que promovía políticas reformadoras capaces de proporcionar cambios efectivos a la población más desfavorecida.¹⁹ Esta aparente contradicción entre objetivos revolucionarios y opciones posibilistas no se produjo después del hundimiento del comunismo internacional. En primer lugar era el resultado de la evolución de Hobsbawm hacia la corriente eurocomunista que se abre paso hacia 1977. Sus ideas al respecto fueron de inmediato reproducidas en México, donde el PCM abrazaba poco después principios similares de la mano de algunos intelectuales casi todos vinculados a las ciencias sociales, como ha reconstruido Carlos Illades en su lúcido análisis *La inteligencia rebelde* (2012). Es sintomático que la entrevista a

¹⁸ FLORES GALINDO, *Buscando un Inca*, pp. 331-346.

¹⁹ HUNT, “Eric Hobsbawm: a conversation about Marx”.

Hobsbawm de *Rinascitá* sobre el eurocomunismo fuera publicada en 1978, muy poco después de aparecer en Italia, por la *Revista Mexicana de Sociología*.²⁰

La inclinación de Hobsbawm por el reformismo radical en Latinoamérica tomaba en consideración el análisis de la estructura social, a su juicio insuficientemente desarrollada, y la ausencia de liderazgo político de las fuerzas transformadoras. En 1970 escribió un balance y una suerte de qué hacer a la vista de las ocasiones perdidas, que reproduce en sus Memorias: “La historia de Latinoamérica está llena de sustitutos de la izquierda revolucionaria social auténticamente popular que raramente ha tenido la fuerza suficiente para determinar la configuración de la historia de sus países”. Salvo raras excepciones, esa izquierda había tenido que escoger “entre una pureza sectaria e ineficaz y hacer el mejor de varios tipos de mal negocio, de escoger entre populistas militares o civiles, entre burguesías nacionales o de cualquier otro tipo”, para acabar lamentando no haberse acomodado a determinados gobiernos y movimientos “antes de que fueran sustituidos por algo peor” (citado en *Años*, p. 345).

SUBALTERNOS EN FERMENTACIÓN PERPETÚA

América Latina fue para Hobsbawm el camino que canalizaba la pasión por el Tercer Mundo que a comienzos de los años sesenta inspiró a la izquierda del primer mundo. Recordemos que los sociólogos Giovanni Arrighi e Immanuel Wallerstein optaron por el continente africano, a donde se desplazaron como profesores para terminar enseñando

²⁰ MUSSI y VACCA, “El eurocomunismo y la lenta transición”, pp. 353-362.

juntos en Dar es Saalam. Resultaría una experiencia central en la elaboración de sus respectivos modelos sobre la formación del capitalismo y los mercados de trabajo y el sistema-mundo. A mediados de la década el antropólogo Eric Wolf se sumergió en el estudio comparativo sobre las *Peasant Wars of the Twentieth Century* (1969), de México a China, Vietnam, Cuba y Argelia. A diferencia de otras áreas, América Latina era a juicio del historiador británico la región del Tercer Mundo más cercana a la modernidad y más alejada del colonialismo. El continente conservaba para un europeo un “aire de familia” en la medida que era posible encontrar instituciones, ideologías y valores similares a los del mundo mediterráneo que le era conocido. Y situó en Latinoamérica una cuestión central en sus preocupaciones durante la década de 1960: la respuesta de las clases subalternas menos estructuradas, los campesinos, ante los cambios que tienen lugar al margen de su intervención pero comprendiéndolos en sus consecuencias, y su disposición o incapacidad de transformarse en actor revolucionario. Esas respuestas se caracterizaban por su dispersión, la imbricación con formas sociales de bandolerismo en ciertos casos, la ausencia de política en sentido moderno y con frecuencia el uso intenso de la violencia.

Sus propuestas sobre la “rebeldía primitiva”, los movimientos milenaristas y el bandolerismo social tuvieron un impacto considerable durante más de una década, seguida de reacciones no menos firmes y una división de opiniones que subsiste medio siglo después. La llamada de atención sobre estas cuestiones resultó ser un gran estímulo para los estudios sociales, que dejaban de centrarse en movimientos y organizaciones estructuradas para ocuparse de los sectores

subalternos más numerosos, protagonistas de las manifestaciones sociales más frecuentes y menos apreciadas hasta entonces, la gente común.

Existe, no obstante, un equívoco muy extendido: el problema o problemas centrales de *Rebeldes primitivos* no están pensados en clave latinoamericana. De hecho, la primera edición del libro se limita a explorar el medio rural de España e Italia meridionales, o de Inglaterra en las protestas urbanas. Una vez publicada la obra, con una excelente acogida inicial, en especial entre sociólogos y antropólogos británicos y de Estados Unidos, se despertó su interés por Latinoamérica. En 1962 obtiene una beca de la Fundación Rockefeller que le permite viajar por Brasil, Argentina, Chile, Perú, Bolivia y Colombia. En teoría se trataba de extender la investigación sobre las formas arcaicas de protesta rural y el bandolerismo social. Perú y Colombia serían de hecho los espacios en los que pudo realizar algún trabajo de campo y establecer ciertos vínculos.

Constató la clamorosa desigualdad económica y el abismo entre clases dirigentes y pueblo llano. También conoció a una intelectualidad blanca, de familias acomodadas, conectora de idiomas, sofisticada, una pequeña comunidad que se conocía entre sí y gozaba de una posición privilegiada, personalidades en sus países respectivos mientras eran desconocidos en Europa. Hobsbawm iba en busca de otra gente, en su mayoría de piel más oscura, los campesinos que hacía poco habían llegado en oleadas a las ciudades y, sobre todo, aquellos que formaban movimientos reivindicativos. En Río de Janeiro se interesó por las Ligas Campesinas que habían expresado simpatías revolucionarias. Descubrió que carecían de presencia nacional y había

quedado atrás el movimiento de los *cangaçeiros* que agitó el *sertão* hasta finales de los años treinta. En cambio llamó su atención la situación en que se vivía en amplias zonas de Colombia y la rebelión campesina en Cuzco, que significaron una “revelación repentina”, la confirmación de lo que le había llevado a América.

El fenómeno de “La Violencia” iniciado en 1948 carecía de estudios profundos. Se acababa de publicar un texto del sacerdote Camilo Torres, con quien Hobsbawm se entrevistó tres años antes de que se incorporara a la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional. Los comunistas habían creado zonas de autodefensa armada para los campesinos, a resguardo de las bandas de asesinos del Partido Conservador, escribe en su informe. En reacción a la táctica contrainsurgente del ejército, inspirada por los asesores estadounidenses, se crearían las FARC. El interés declarado del historiador se dirigía a encontrar las razones que inducían a los campesinos a tomar las armas, en un movimiento que se alejaba de los focos guevaristas y del modelo de Sierra Maestra: era, escribió, “la mayor movilización armada de campesinos en la historia reciente del hemisferio occidental” (*Años*, pp. 339-342).

En 1971 el autor de *Rebeldes primitivos* regresó al mismo escenario, visitó nuevos países, México entre ellos. En 1975 volvería a Brasil invitado por la recién creada Universidade Estadual de Campinas. De forma paulatina fue encontrando interlocutores, nuevos expertos, lectores que incorporaban sus tesis sobre el bandolerismo social, el milenarismo de ciertos movimientos populares, los rebeldes primitivos y la derivación violenta del malestar rural.

El autor trasladaba a grandes áreas del mundo moderno la afirmación de Antonio Gramsci sobre los campesinos de la Italia meridional: se encontraban en “fermentación perpetua” debido a sus condiciones sociales a la vez que se mostraban “incapaces de dar expresión centralizada a sus aspiraciones y necesidades”. En ese sentido, concluye el historiador, sus acciones y movimientos resultan prepolíticos. Son prepolíticos, añade, no porque carezcan de ideas y objetivos, sino porque “no han dado, o acaban de dar, con un lenguaje específico en el que expresar sus aspiraciones tocantes al mundo que llamamos moderno y que responde al capitalismo establecido o en vías de establecerse”. En modo alguno de estas formas de accionar deben ser interpretadas como precursoras de nada o reliquias del pasado. No son primitivas en el sentido de conformar un estadio más o menos necesario de articulación de la protesta que preceda a formas no primitivas, organizadas en movimientos inspirados en una u otra ideología. Respondían a sectores sociales confrontados a la fuerza con la sociedad moderna y su problema consiste en cómo adaptarse a la vida y a las luchas de esa sociedad. Las formas arcaicas de acción podían revestirse de bandolerismo social: “poco más que una protesta endémica del campesino contra la opresión y la pobreza”, una venganza contra ricos y opresores, un “enderezar entuertos individuales” con un sentido por lo demás tradicional, sin ideología ni por lo común derivación en luchas nacionales. La organización, teoría y programa, en cambio, lo proporcionaba en ocasiones el milenarismo, que en Europa llega a los campesinos desde fuera, pero que en América Latina enraíza con el indigenismo ancestral y alimenta la simbiosis entre el “reformismo primitivo” y el

“revolucionarismo primitivo”, en el caso, por ejemplo, de los *cangaçeiros* del nordeste de Brasil entre 1890 y 1940. Esta última consideración fue introducida en el epílogo a la edición española, fechada en 1966, publicada dos años más tarde. En la misma edición realizaba una segunda alteración que juzgaba asimismo importante respecto de los textos de 1959: el bandolero no siempre respondía en América Latina al prototipo “noble” y junto a él había otro caracterizado “por el terrorismo indiscriminado”, por lo común fuera de su ayllu o estancia, “y por una violencia y una crueldad generalizadas, que no paran en el rico” y comprenden toda suerte de desmanes una vez que se han venido abajo todas las normas habituales de comportamiento.²¹

En Colombia la recepción de estas ideas fue particularmente fructífera. El economista y experto en historia agraria, buen conocedor de la violencia, mediador en los planes de paz de su país y víctima alevosa de unos sicarios, Jesús Antonio Bejarano, valoraba en 1983 de forma muy positiva la complejidad que la mirada de Hobsbawm había llevado al análisis del periodo de la Violencia (1948-1958): “una guerra civil producida en medio de una crisis económica, social, y política, [...] una tensión revolucionaria no disipada por el pacífico desarrollo económico ni atajada para crear estructuras sociales nuevas” que según en qué fase la observemos se dotaba de conciencia de clase en sentido amplio en defensa de los humildes en reacción a matanzas y desalojos de campesinos, y en otras únicamente se movían por venganza, casi siempre con ferocidad.²²

²¹ HOBSBAWM, *Rebeldes primitivos*, pp. 9-23 y 299-301.

²² BEJARANO, “Campesinado”, p. 284.

El primer texto de Hobsbawm sobre Colombia fue publicado en *New Society* en abril de 1963. En junio siguiente escribió para *The World Today* (“The Revolutionary Situation in Colombia”) y volvería con una consideración más extensa en una publicación de 1976 (“Peasant Movements in Colombia”). Entre tanto se publicaba la versión española de “La anatomía de ‘la Violencia’ en Colombia” (*Rebeldes*, 1968), después reeditada en Bogotá en la antología que preparó en 1985 Martha Cárdenas con estudios para entonces clásicos, con el texto de nuestro autor en primer lugar.²³

En el siguiente libro sobre estos temas, *Bandidos*, Hobsbawm se apresura a indicar que el bandolerismo social responde a una forma minoritaria dentro de las sociedades campesinas en fases de desintegración de la organización familiar y de transición al capitalismo agrario. Su institucionalización llegaba a inhibir el desarrollo de otras formas de lucha pero asimismo podía coexistir subordinado a una revolución campesina y servirle de precursor en la medida que expresaba malestar rural.²⁴ En el epílogo antes citado, el autor salía también al paso de una interpretación que consideraba equivocada sobre los rebeldes primitivos. Primitivo y moderno no responden a las sociedades que son llamadas “tradicional” y “moderna”, dice, unidas y separadas por procesos de modernización. No debe haberlo leído bien un autor tan cuidadoso como Eric van Young cuando atribuye a Hobsbawm exactamente lo que éste rechaza, y fuerza una curiosa filiación con Barrington Moore y la tesis de la modernización que el inglés censura.²⁵

²³ CÁRDENAS, *Once ensayos sobre la violencia*.

²⁴ HOBSBAWM, *Bandidos*, p. 9-11, 23-25.

²⁵ VAN YOUNG, *La otra rebelión*, p. 46.

La rebelión primitiva, sostiene Hobsbawm, puede acontecer en la sociedad antigua y suele ocuparse entonces del mundo circundante y de sus problemas, sin orientarse contra el nivel donde se toman las decisiones de gobierno importantes. Pero también se presenta en la transición a la nueva sociedad y es en ese momento cuando interesa observar cómo se emplean materiales del pasado, ideas y métodos viejos para afrontar situaciones nuevas, la irrupción y desarrollo del capitalismo en el mundo rural.²⁶ El escenario puede ser el mundo rural, de los campesinos andinos que enfrentan las nuevas realidades desde sus estructuras familiares y mentales, sus valores y actitudes, como en la protesta colectiva de los trabajadores manufactureros dispersos de la campiña inglesa en las décadas iniciales del siglo XIX que prenden fuego a los artefactos mecánicos siguiendo el liderazgo del supuesto *Capitán Swing*. Recordarlo era “hacer justicia histórica a luchas sociales emprendidas contra los problemas de los pobres en nuevas sociedades capitalistas, luchas que habían sido ignoradas [...] haciendo de sus protagonistas perdedores por partida doble, en el pasado y ante la posteridad” (*Años*, p. 234).

Su análisis introducía una perspectiva innovadora en sentido doble. En primer término, la consideración de acciones hasta entonces registradas como marginales en el repertorio de las protestas sociales, por lo común en fases de transición que podían resultar muy dilatadas en el tiempo. En segundo lugar, quizá más importante, como han indicado Carlos Aguirre y Charles Walker, su propuesta eludía el enfoque predominante en los estudios históricos del

²⁶ HOBSBAWM, *Rebeldes primitivos*, pp. 315-317.

mundo agrario latinoamericano, centrados en la hacienda como la gran unidad económica posible que explicaba los principales componentes del mundo colonial, y desplazaba la atención a la acción de los sectores subalternos por antonomasia en el continente, los campesinos, en un medio rural mucho más complejo y estratificado, al tiempo que obligaba a repensar la criminalidad social orientada a revertir el orden impuesto.²⁷

Numerosos trabajos de los años setenta y comienzos de los ochenta siguen su estela, introduciendo matices y en ocasiones discutiendo en firme uno u otro aspecto de sus premisas y conclusiones. Las tesis sobre el mesianismo en ciertas revueltas de las clases subalternas fueron adoptadas y parcialmente discutidas. El trabajo de la brasileña Maria Isaura Pereira de Queiroz, en diálogo con Hobsbawm,²⁸ estuvo en el origen de la rectificación parcial a la que hemos hecho referencia, y fue seguido poco después de otro estudio sobre el bandolerismo (*Os cangaceiros. Les bandits d'honneur brésilliens*, 1968). Estuvieron también presentes en el análisis de la historiadora peruana Scarlett O'Phelan, que realizó su tesis doctoral sobre la revuelta de Túpac Amaru en la Universidad de Londres bajo la tutela de Hobsbawm.²⁹ Autora de un acucioso trabajo empírico, su alergia a la interpretación termina por confirmar las tesis de su asesor al reducir la insurrección del siglo XVIII a un simple movimiento anti-fiscal, una rebeldía primitiva sin objetivos

²⁷ AGUIRRE y WALKER, "Introducción" a *Bandoleros, abigeos y montoneros*, pp. 13-24.

²⁸ PEREIRA DE QUEIROZ, *O messianismo no Brasil*. Hobsbawm alentó la publicación en *Past and Present* de "Messiahs in Brazil", pp. 62-86.

²⁹ O'PHELAN, *Un siglo de rebeliones anticoloniales*.

sociales y políticos, versión seriamente discutida más tarde por numerosos autores. Una segunda estudiante en Birkbeck College fue la malograda Margarita Giesecke, a quien dirigió una tesis acerca de la insurrección agraria peruana de 1932.³⁰ Se incluye en esa secuencia una difundida antología sobre mesianismo que preparó Juan A. Ossio (*Ideología mesiánica del mundo andino*, 1973) y los trabajos de Pinto Rodríguez sobre bandolerismo en la frontera chilena³¹ o de José De Souza Martins sobre Brasil, entre otros.³² En realidad, pocos son los trabajos sobre movimientos indígenas en la etapa colonial y poscolonial que no exploren la vertiente milenarista inaugurada por Hobsbawm en 1959.

En los años ochenta tomó asiento la corriente revisionista de las tesis de Hobsbawm sobre los bandidos sociales y los rebeldes primitivos. Unas críticas iban dirigidas a desmitificar la violencia rural y a desvincularla del respaldo campesino, otras a cuestionar el “primitivismo” en el sentido prepolítico de las protestas. Las primeras arreciaron desde la historiografía externa, en particular la elaborada en Estados Unidos. Richard Slatta fue quien mejor y con más insistencia las ha expresado.³³ Para Slatta, los autores marxistas como Hobsbawm —y cuantos no rechazan su interpretación de forma clara— insisten en destapar intereses de clase en cada situación y en buscar respaldo social al bandolerismo donde sólo se encuentra, dice, parentesco, amistad y

³⁰ GIESECKE, *The Trujillo Insurrection*.

³¹ PINTO, “El bandolerismo en la Frontera”, pp. 101-122.

³² DE SOUZA MARTINS, “Los campesinos y la política en el Brasil”, pp. 9-83.

³³ SLATTA (ed.), *Bandidos*. Incluye una serie de textos “revisionistas”, entre otros autores, de Paul J. Vanderwood y Linda Lewin.

proximidad local.³⁴ Por su parte, Gilbert Joseph, ofreció en 1990 una buena síntesis de la impugnación de los “revisio-nistas” y de la evolución que se había producido desde las propuestas de Hobsbawm, para concluir que los primeros iban demasiado lejos en la pretensión de “des-socializar” el bandolerismo latinoamericano, reducido a mera criminalidad o atribuyendo a las acciones de estos grupos aspiraciones directamente políticas. Para Joseph, todos estos intentos no resisten la escisión entre acciones del tipo indicado y el trasfondo social que las auspician, que únicamente pueden ser explicadas por multivariantes entre las que ocupa un lugar central el malestar rural y la protesta entre otras formas de resistencia, como Hobsbawm había sugerido.³⁵

Mientras se levantaba la controversia en torno a sus propuestas, Hobsbawm volvía a considerar el bandolerismo no sólo como expresión de la criminalidad sino “en sus relaciones con la política y la sociedad de una época determinada”. A propósito, llamaba la atención sobre el carácter variable de las guerrillas, pues una vez disueltas al término del conflicto, “los integrantes de las cuadrillas que siguieron activas en muchas regiones del país pueden y deben ser descritos en calidad de bandoleros”, como sucedió en Colombia de 1958 a 1965. Los retos del historiador consistían en desenmarañar cuándo y por qué los bandoleros dejaban de ser considerados simples delincuentes por los vecinos, o “las relaciones entre el bandolerismo como fenómeno masivo y la economía, la política y la protesta social, es decir, las rela-

³⁴ SLATTA, “Bandits and Rural Social History”, p. 147.

³⁵ JOSEPH, “On the trail”, pp. 7-53. Con los matices que introduce a Joseph en MALLON, “The Promise and Dilemma”, p. 1499.

ciones entre los bandoleros, los campesinos y los gamonales (caciques), por una parte, y entre todos ellos y el Estado, por la otra”; relaciones que no se agotan en el guión conocido, pues, por ejemplo en el caso colombiano estudiado podrían hablarse de una práctica post-política en 1948, cuando con la crisis de los partidos prende la violencia, y otra pre-política si observamos los métodos seguidos después de 1955.³⁶ En realidad, Hobsbawm siempre consideró, hasta el final de su actividad de historiador, que las preocupaciones presentes en *Rebeldes* inspiraban toda su obra, incluidos los estudios de las clases trabajadoras: “Me interesa la simbiosis de una nueva sociedad con tareas nuevas y un mundo formado en el pasado con una herencia cultural anterior, con mecanismos mentales, formas de pensar, de reaccionar acerca de los nuevos problemas en términos de pasado, pero que la gente tiene que modificar y adaptar”.³⁷

Compilaciones de estudios como la dedicada por Aguirre y Walker a Perú en 1990 son un buen reflejo de una sensibilidad diferente hacia la cuestión. Carmen Vivanco negaba la tipología del bandido social al examinar el periodo 1760-1810 a causa de los objetivos indiscriminados de las bandas, omitiendo la diferenciación que Hobsbawm introdujo en 1968 en su esquema inicial. Flores Galindo señalaba que las acciones de los bandidos evitaban las haciendas de las que procedían sus integrantes y se concentraban en los caminos, donde los indios podían ser objeto frecuente de sus acciones, por lo que incrementan la tensión racial. No obstante, para Flores Galindo, que tampoco encontraba la

³⁶ HOBBSAWM, “Prólogo” a SÁNCHEZ y MEERTENS, *Bandoleros*, pp. 7-12.

³⁷ En PANIAGUA y PIQUERAS, “Comprender la totalidad”, p. 5.

complicidad pretendida con el campesinado, los bandidos eran una expresión de un conflicto de clases latente, en un sentido no muy distinto al indicado por Hobsbawm.³⁸ La cuestión consiste menos en buscar formas de protesta arcaica y bandoleros sociales en cada caso de criminalidad como saber distinguirlas cuando se presentan.

Los estudios sobre Cuba del último cuarto del siglo XIX, en el periodo que comienza en 1878 al final de su primera guerra anticolonial, ofrecen un ejemplo paradigmático por la diversidad y combinación de interpretaciones. Dos libros aparecieron el mismo año, 1989, y se debieron a académicos estadounidenses que ofrecían visiones opuestas: Louis A. Perez Jr. suscribía la hipótesis de Hobsbawm y situaba las frecuentes partidas de bandoleros en el desarraigo que ocasionaba la expansión azucarera en el marco del desarrollo del capitalismo y de la desmovilización de la última contienda. Esos campesinos nutrieron las bandas, convergieron con la causa de la independencia en 1895 y resurgieron en las décadas posteriores del siglo XX. Rosalie Schwartz, por el contrario, no encontró vínculos entre los alzados en armas y las comunidades campesinas desde las que supuestamente procedían sus integrantes, ni halló acciones en particular destacadas a favor de las mismas, en la línea de los objetos del británico. En su opinión, desde fecha temprana esas partidas estuvieron guiadas por ideales políticos.³⁹ Pero contamos con un tercer libro: la historiadora cubana Imilcy Balboa ofreció una explicación después de haber reconstruido

³⁸ VIVANCO, "Bandolerismo colonial peruano" y FLORES GALINDO, "Bandidos de la costa".

³⁹ PEREZ JR., *Lords of the Mountain*. SCHWARTZ, *Lawless Liberators*.

en otra investigación el proceso de transformaciones llevadas a cabo en el agro después de 1878, donde se combina la evolución económica que empuja a la formación de cultivadores cañeros, la disolución de la esclavitud y las políticas de las autoridades coloniales destinadas a asentar campesinos desplazados por la guerra y atraer inmigración blanca a la isla. La frustración de los asentamientos y la frustración política, combinadas con la expansión del salario en el trabajo de la caña, propician la formación de bandas que Balboa identifica en su origen campesino. Bandas mitificadas en la medida en que actuaban preferentemente –no sólo– contra poderosos y burlaban a las autoridades. Las variadas formas de la protesta rural comprendían, una entre otras, el bandolerismo: antes de la guerra, durante la guerra, después de la guerra que concluye en 1898.⁴⁰

No existe prácticamente un estudio sobre revueltas campesinas, en particular las protagonizadas por indígenas, y modalidades de criminalidad rural que no tomen en consideración los planteamientos de Hobsbawm, sea para matizarlos o para impugnarlos antes de exponer sus respectivas tesis. Es entonces cuando valoramos en toda su importancia su contribución al modo de pensar el mundo rural latinoamericano y las protestas y movilizaciones que lo pueblan. La gran explicación dual –las élites, los indígenas– que Van Young ha ofrecido de la insurrección de la independencia mexicana a partir de 1810, dedica reiteradas descalificaciones a Hobsbawm y a la que considera –al menos dos veces– obra muy influyente para añadir siempre que también muy criticada. Pero cuando Van Young ha de fundamentar la

⁴⁰ BALBOA, *La protesta rural en Cuba*.

acción de los pueblos indígenas campesinos, al no encontrar ideología alguna en ellos, pensamiento macropolítico o crítica programática del régimen colonial, ninguna intelectualización destacada de esas corrientes externas propias de los criollos, no duda en tomar prestada la noción de “prepolítico” para calificar su pensamiento.⁴¹

Los estudios históricos se han hecho de los años cincuenta y sesenta a esta parte mucho más sofisticados. Es difícil reducir un movimiento de población campesina a reacciones espontáneas, ausentes de conciencia y por definición carentes de objetivos políticos, a pesar de la referencia que acabamos de traer. El localismo que Hobsbawm veía como un hándicap no siempre lo ha sido y en cualquier caso la lógica local corresponde a las características de estas comunidades sin revelarse un obstáculo a su politización. Raúl Fradkin se ha hecho eco de estas consideraciones al situar y tratar de explicar las montoneras –partidas a caballo, fuerzas irregulares de extracción popular utilizadas durante la guerra– que en la década de 1820 recorrieron la campaña de Buenos Aires. Algunos integrantes, dice, venían de combatir en la independencia, otros rehuían las levas de la guerra contra Brasil. No necesariamente la gente del campo de la que se nutría compartía las formulaciones e interpelaciones políticas de los que se postulaban como jefes de facción y generaban sus propios movimientos, por más que expresaran ideas propias que podían terminar siendo subalternas de las que estaban elaborando sus líderes de facción. La montonera a que se refiere, criminalizada por las autoridades, se levantó después que hubieran proliferado gavillas de ladro-

⁴¹ VAN YOUNG, *La otra rebelión*, p. 218.

nes “y se apoyaba en ellas”. Pero los salteadores, que también pudieron formarse con gente de la montonera, no sólo no desaparecieron sino que en la última fase dirigieron su violencia y los asaltos contra propiedades y vecinos cada vez más ricos, que ostentaran rangos militares o eran autoridades locales. Fradkin, que evita todo determinismo, identifica el fenómeno de los llamados salteadores con un fondo de malestar social y el cuestionamiento de las autoridades locales como un indicador de conflictividad política de los pueblos: la montonera podría servir de articulación de las dos conflictividades.⁴² Con un estilo sutil, el autor ha evitado el cuadro general del rebelde primitivo y el bandolero social, si lo primero con carácter general, lo segundo al caracterizar la partida dignificada, la montonera. Las gavillas de “salteadores” quedan en un terreno difuso: aun al converger en las campaña bonaerense con los anteriores, conservan una lógica propia –y específica de la conflictividad social del campo, pues son, o han sido gente de campo–; esas gavillas se expresan con un lenguaje violento, no siempre pero de forma creciente, contra los poderosos locales y carece –¿cómo decirlo?– de lenguaje político, sin que puedan excluirse desgajamientos que vayan hacia la montonera, que de forma no menos sutil está elaborando ese lenguaje mientras acciona. Sin duda, mucho más elaborado y depurado, el macrocuadro que resulta de esta microhistoria que Fradkin traza con maestría, nos trae a la memoria la historia, siglo y medio después, de algunas regiones de Colombia conforme fue observada por Eric Hobsbawm cuando se ocupó de La Violencia.

⁴² FRADKIN, *Historia de una montonera*, pp. 172-173 y 195-201.

FORMACIONES SOCIALES, SOCIEDADES ABIERTAS

La cercanía de Eric Hobsbawm al pensamiento gramsciano, al que en buena medida da carta de naturaleza en la historiografía internacional al mismo tiempo que Eugène Genovese, ciertas reflexiones metodológicas y el enjundioso estudio que antecede y arroja luz a las *Formaciones económicas precapitalistas* de Marx ejercieron una influencia en la historiografía latinoamericana que, vista en perspectiva, se antoja formidable.

El origen de esta aventura compartida hay que situarlo en 1960, cuando la revista italiana *Società* publica su texto “Per lo studio delle classi subalterne”. José Carlos Chiaramonte ha dejado constancia del impacto que dejó la temprana lectura de este texto hacia 1961, de un autor para él desconocido: “la calidad de la información, el criterio histórico con que se la manejaba y su trasfondo teórico”, el evidente conocimiento de Gramsci y de su perspectiva teórica no dogmática.⁴³ En aquel momento un grupo de jóvenes intelectuales comunistas argentinos se disponía a hacer lo más cercano a pensar por sí mismos. Tres años después el artículo era traducido por la revista que en la ciudad de Córdoba promueve el mismo grupo, que acaba de ser expulsado del PC, *Pasado y Presente*, exactamente con el mismo título de la revista de historia que Hobsbawm contribuyera a fundar una década antes.⁴⁴ Los editores son José Aricó y el filósofo Óscar del Barco, para quienes el pensamiento de Gramsci no puede decirse que fuera desconocido. En Argentina lo había introducido Héctor Pablo Agosti, quien desde 1958

⁴³ CHIARAMONTE, “Bajo la censura”.

⁴⁴ HOBSBAWM, “Para el estudio de las clases subalternas”.

venía editando los *Cuadernos de la cárcel*. Pero a partir de esos años comenzaría a gozar de nueva y más accidentada vida, pues las lecturas del teórico italiano iban a generar conclusiones divergentes entre sí y de la que hacía Hobsbawm.

El artículo “Para el estudio de las clases subalternas” es un texto de transición entre *Rebeldes primitivos* y la aproximación de Hobsbawm a América Latina. Sirviéndose de Gramsci, el autor invita a seguir las inquietudes de los antropólogos cuando buscaban antepasados a las ideologías revolucionarias modernas, específicamente en la cultura popular, en la perspectiva de abordar desde abajo las transformaciones en las clases subalternas y entre los pueblos subalternos en los países subdesarrollados. El historiador llamaba a desarrollar un programa de estudio que rivalizara con la antropología y la sociología, que considerara el carácter histórico de las categorías, que partiera del reconocimiento del conflicto en todas las sociedades y que pudiera construir modelos de explicación sobre las clases subalternas por medio de la comparación y la generalización. Un punto de partida podía consistir en reconocer “la sustancial ineficiencia de las clases subalternas y de sus movimientos durante la mayor parte del proceso histórico”. No sólo eran socialmente “subalternas”, como indica su nombre, señala, sino que protagonizaban una historia de derrotas casi inevitables en las que con raras excepciones se mostraban incapaces de la victoria. Esas consideraciones iban en dirección opuesta a la visión heroica de la historia militante. Leídas en 2012, también contradicen la microhistoria empática hacia subalternos, pobres y humildes que parece adueñarse del medio académico en proporción directa con el estatus de las instituciones a las que pertenecen los investigadores.

En su propuesta de indagación, Hobsbawm instaba a examinar los elementos de cohesión de las sociedades y las variantes por las que los movimientos de estas clases eran integrados en el sistema. Dudaba de la orientación revolucionaria de los citados movimientos en las sociedades anteriores al capitalismo, por más que albergaran sentimientos naturales de justicia y fueran contrarios a los latifundistas y a los hombres de leyes que contribuían a su explotación y dominación. En la práctica, observaba, los movimientos actuaban como si la sociedad que conocían fuera permanente y sólo fuera posible hacerla más tolerable, no sustituirla por otra, que a lo más existía idealizada en el pasado. Un terreno propicio de estudio lo conformaban los países coloniales o subdesarrollados y el problema del campesino, problema de primer orden para la acción de los partidos comunistas, señala, por lo que las investigaciones sociales e históricas que llegaran a realizarse serían de gran importancia política, concluye.⁴⁵

Pasado y Presente volvió a prestar atención a nuestro autor en 1965. Un año antes se había publicado en Londres (Lawrence & Wishart) el texto de Marx *Formaciones económicas precapitalistas* con un amplio estudio preliminar de Eric Hobsbawm. Pareciera como si nadie antes se hubiera atrevido a leer este fragmento de los *Grundrisse* (inéditos hasta 1939, reimpresos solo en 1953) y a intentar descifrarlo, en particular los historiadores, pues la obra contiene una explicación mucho más rica y compleja de la evolución de las sociedades precapitalistas que las conocidas del *Manifiesto comunista* y el *Prólogo* a la *Crítica de la economía polí-*

⁴⁵ Citamos por HOBSBAWM, *Marxismo e historia social*, pp. 45-59.

tica, que habían sido tenidas por canónicas y sirvieron a la construcción estalinista de la inexorable marcha de los cuatro modos de producción reconocidos.

Hobsbawm llamaba la atención sobre la inexistencia de un orden determinado de sucesión de los modos de producción a la manera de una escalera que se sube a velocidades distintas, sobre las causas que hacen que un sistema surja o decline, acerca de la ausencia de leyes que conduzcan necesariamente al capitalismo. Se ocupaba también de un concepto central que en las *Formen* no lo es tanto, la categoría formación socioeconómica, referida a sociedades históricas, no a conceptos abstractos. En las formaciones coexisten relaciones sociales diferentes, recuerda, dejando abierta la puerta de su futura evolución lejos de cualquier determinismo. La última cuestión, en gran medida también la manera de abordar las restantes, poseía una importancia capital en la periodización de las sociedades y en el análisis de las transiciones de unas a otras, mucho más en las previas al capitalismo. Y aquí se abría un inmenso territorio a los historiadores que se ocupaban de América Latina en la etapa colonial, justo cuando Hobsbawm manifestaba la insatisfacción del historiador ante las rígidas respuestas ideológicas y políticas “osificadas”.⁴⁶

Óscar del Barco dedicó un artículo en la revista de Córdoba a comentar el libro de Marx.⁴⁷ Si las *Formen* conoció pronto traducciones al español, en Buenos Aires (Platina, 1966) y Madrid (Nueva Visión, 1967), la edición más difundida iba a ser la que a partir de 1971 publicaron los Cuader-

⁴⁶ HOBSBAWM, “Introducción” a *Formaciones*, pp. 9-64.

⁴⁷ BARCO, “*Las formaciones económicas*”, pp. 84-96.

nos de Pasado y Presente, y en México Siglo Veintiuno una vez que se exiliaron Aricó y sus compañeros. En los años siguientes se iba a suscitar un extenso debate, en particular a raíz de la aparición de los trabajos de André Gunder Frank sobre el carácter capitalista o feudal predominante en América Latina en la etapa colonial y aún después en muchas áreas. El texto de las *Formen* permitía resolver la disyuntiva mediante la indagación en las relaciones sociales realmente existente en una época dada, sin la sujeción de un único modo de producción. Era la invitación que Hobsbawm proponía.

En México, donde antes hemos mencionado la evolución del PCM a finales de los años setenta, sin que pretendamos que fue debida a la mucha lectura de historia o de las *Formen*, el texto tendría también su incidencia. Los futuros reformadores comunistas mexicanos habían participado desde los años sesenta en algunos de los debates en los que nuestro historiador tuvo un papel relevante en sentido opuesto al pensamiento dogmático, por ejemplo a propósito de la recuperación teórica del modo de producción asiático o tributario. En ese sentido, el antropólogo Roger Bartra profundizó en la formación social “autóctona” y más tarde analizó desde un ángulo diferente al tradicional la articulación de las estructuras campesinas colonial y moderna.⁴⁸ Siendo redactor jefe de *Historia y sociedad*, revista del Partido Comunista Mexicano, Bartra publicó en 1965 las reflexiones de Jean Chesneaux aparecidas un año antes en *La Pensée* sobre “Le mode de production asiatique”, la

⁴⁸ BARTRA, *El modo de producción asiático*. Después desarrollado en *Marxismo y sociedades antiguas*.

variante precapitalista no canónica. Pudo hacerlo después de vencer la resistencia de Enrique Semo, y lo logró, según su testimonio, a la luz de la reciente publicación del texto de Marx que venía precedido de la presentación y comentario de Eric Hobsbawm, reputado historiador marxista convertido en avalista.⁴⁹

Entre tanto tuvo lugar una segunda recepción, la del estructuralismo althusseriano antes mencionada, que llevaba a cabo una lectura propia de las *Formaciones*. En particular, Étienne Balibar reconsideraba el concepto “formación social”, al que desprovee de su dimensión económica para ceñirlo a la totalidad de instancias articuladas a partir de un determinado modo de producción, jerárquico sobre los restantes, modos que coexistían con él. La novedad introduce abstracción y mecanicismo. A comienzos de los setenta una pléyade de historiadores latinoamericanos ganados por el estructuralismo se lanza a la carrera por descubrir relaciones sociales que hubieran dado lugar a modos de producción singulares y a evoluciones específicas de los mismos, o a encontrar vías regionales de desarrollo del capitalismo prescindiendo de las teorías de la dependencia, de la vinculación orgánica a las economías de las metrópolis europeas y de la noción de semiperiferia. El libro reunido por Carlos Sempat Assadourian sobre los modos de producción en América Latina da cuenta de uno de los desmedidos esfuerzos –y no habrá quien se pregunte por su utilidad al historiador– realizados en ese sentido, donde estas unidades sociales se multiplican hasta donde alcancen los casos:

⁴⁹ Véase BARTRA, “La izquierda inteligente”. Bartra sería uno de los dirigentes reformadores del PCM, director en 1980 del medio oficial *El Machete*.

desde el modo de producción colonial al esclavista colonial o el modo subsidiario de las comunidades guaranizadas de la formación regional altoperuana-rioplatense, contribución de quien, sanado de este sarampión, ha dado luego tan buenos trabajos.⁵⁰

En el agrio debate emprendido por Edward Thompson con Althusser y su pretensión teórica, el historiador desliza reiteradas veces que nos hallábamnos ante una versión actualizada del estalinismo. Era, sin duda, una interpretación muy libre y probablemente injusta. Sin embargo, podemos convenir que el estructuralismo althusseriano y el estalinismo comparten una forma semejante de acercarse a la realidad histórica desde la primacía de la teoría científica (y su dimensión política), que dicta la realidad incluso cuando insta a organizar la información desde los datos, un empirismo hacia el que ambos pensamientos manifiestan una absoluta desconfianza.

El modo de pensar históricamente enunciado por Hobsbawm no podía estar más alejado de ese esfuerzo de abstracción teórico-cientificista de ordenar las sociedades, esfuerzo condenado a la melancolía y a dejar serias cicatrices en la historia marxista que esperaba renovar. También Emilio Sereni, recuerda Starcenbaum, advirtió la oposición radical

⁵⁰ ASSADOURIAN *et al.*, *Modos de producción en América Latina*. Se publicaron 20 ediciones hasta 2005. El congreso de Americanistas, celebrado en México en 1974, tendría entre sus mesas estelares la organizada por Roger Bartra y Pierre Vilar sobre modos de producción; los textos, de perspectiva distinta y menor interés que los anteriores, conocerían una reiterada reproducción, primero en México en *Historia y sociedad* (1974) y dos años más tarde en Lima en formato de libro: BARTRA, *Modos de producción en América Latina*.

que existía entre la lectura llevada a cabo por Althusser y sus discípulos del concepto “formación social” según lo había entendido Gramsci, que Hobsbawm hacía suyo. A la vista de estos debates, Chiaramonte sugirió la inadecuación del concepto modo de producción para periodizar en historia: la realidad latinoamericana, concluye, “se ha mostrado persistentemente rebelde a las ‘clasificaciones’ marxistas tradicionales”.⁵¹

Hubo otra dimensión de las lecturas teóricas y políticas. El grupo de Aricó comenzó por aproximarse al guevarista Ejército Guerrillero del Pueblo, después viró hacia el consejismo obrero sostenido por el joven Gramsci. Vino a continuación la recepción cegadora de Althusser y sus discípulos estructuralistas. El marxismo flexible daba paso al primer neomarxismo en una de sus versiones más rígidas, simplificadas y esquemáticas que se han conocido, con su pretensión de alta filosofía, alejada de la historia y de las categorías históricas. La adaptación al tiempo presente de esas formulaciones condujo a algunos a “fundar una estrategia armada superadora de la línea partidaria derivada de la concepción comunista de los modos de producción en América Latina”. El Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria, el Partido Comunista Revolucionario, las Fuerzas Argentinas de Liberación forman parte de esa secuencia que conduce de la teoría a la praxis.⁵² En cierto modo, volvía a hacerse realidad eso de que América Latina era “un continente creado para socavar las verdades convencionales”. Solo que esta vez con consecuencias trágicas.

⁵¹ CHIARAMONTE, *Formas de sociedad*, pp. 161-163.

⁵² STARCENBAUM, “El marxismo incómodo”, p. 45.

Distanciado de la deriva insurreccional, Óscar del Barco, una vez instalado en la Universidad de Puebla, en México, llevó a cabo una doble recuperación: la edición de los *Cuadernos de la cárcel* (editorial Era) y la reivindicación del Hobsbawm gramsciano y del historiador social intuitivo, de naturaleza teórica flexible –como sus colegas Thompson, Rudé, Williams– en relación a las restantes corrientes marxistas. En 1978 la Universidad de Puebla publicó *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, nueve textos de autores europeos sobre el revolucionario italiano, de los cuales cuatro pertenecían a Hobsbawm.⁵³ En 1983 la misma universidad publicaba con el título *Marxismo e historia social* una recopilación de los textos metodológicos e historiográficos de Hobsbawm que se habían editado en Latinoamérica en las dos décadas anteriores. Para entonces su obra mayor circulaba ampliamente, bastante menos estas “intervenciones” reflexivas a pesar de que textos suyos habían aparecido también en México en compilaciones organizadas por István Mészáros (1973) y Ciro F. Cardoso (1976). Su obra era ya ampliamente utilizada y debatida, lo seguiría siendo en las décadas posteriores hasta nuestros días, cuando su legado persiste en la forma de abordar los temas por muchos, cualquiera que sean las conclusiones. Porque, según dijera, “los problemas quedan, permanecen [...] No así las respuestas”.

⁵³ “La ciencia política de Gramsci”, “De Italia a Europa”, “Gramsci y la teoría política”, “El gran Gramsci”. Habían sido publicados en *Marxism Today* (1977), *Rinascita* (1975 y 1977) y *New York Review of Books* (1974). El último fue también editado en Brasil en *Cadernos de Opinião*, 1 (1975).

REFERENCIAS

AGUIRRE, Carlos y Charles WALKER (comp.)

Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1990.

ASSADOURIAN, Carlos Sempat *et al.*

Modos de producción en América Latina, Buenos Aires, Cuadernos Pasado y Presente, 1973.

BALBOA NAVARRO, Imilcy

La protesta rural en Cuba. Resistencia cotidiana, bandolerismo y revolución (1878-1902), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003.

BARCO, Óscar del

“Las formaciones económicas precapitalistas de Karl Marx”, en *Pasado y Presente*, 9 (abr.-sep. 1965), pp. 84-96.

BARTRA, Roger

El modo de producción asiático. Antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales, México, Ediciones Era, 1969.

Marxismo y sociedades antiguas. El modo de producción asiático y el México prehispánico, México, Grijalbo, 1975.

“La inteligencia rebelde”, en *Letras Libres* (13 jul. 2012) <http://www.letraslibres.com>

BARTRA, Roger y otros

Modos de producción en América Latina, Lima, Delva, 1976.

BEJARANO, Jesús Antonio

“Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y Cultural*, 11 (1983), pp. 251-304.

CÁRDENAS, Martha (ed.)

Once ensayos sobre la violencia, Bogotá, Cerec, 1985.

CHIARAMONTE, José Carlos

“Bajo la censura del onganiato”, en *Zona*, Suplemento de *Clarín* (22 nov. 1998).

Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica, México, Grijalbo, 1984.

DE SOUZA MARTINS, José

“Los campesinos y la política en el Brasil”, en GONZÁLEZ CASANOVA (comp.), 1985, vol. 4, pp. 9-83.

FLORES GALINDO, Alberto

“Bandidos de la costa”, en AGUIRRE y WALKER, 1990, pp. 57-68.

Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes, en *Obras Completas*, III (I), Lima, Sur Casa de Estudios del Socialismo, 2008.

FRADKIN, Raúl

Historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2006.

GIESECKE, Margarita

The Trujillo Insurrection, the APRA Party and the Making of Modern Peruvian Politics, Londres, University of London, 1993 [*La insurrección de Trujillo. Jueves 7 de Julio de 1932*, Lima, Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, 2010].

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (comp.)

Historia política de los campesinos latinoamericanos, México, Siglo Veintiuno Editores, 1985.

GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel

“Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de ‘Rebeldes Primitivos’ de Eric J. Hobsbawm”, en *Historia Social*, 25 (1996), pp. 113-157.

HOBBSAWM, Eric

“A Case of Neo-Feudalism: La Convencion, Peru”, en *Journal of Latin American Studies*, 1 (mayo, 1969), pp. 31-50 [*La Convención: un caso de neofeudalismo*, Lima, Instituto de Investigaciones Económico-Sociales, 1970. “Un ejemplo de neofeudalismo: La Convención, Perú”, en Marco Aurelio UGARTE OCHOA (ed.), *La Convención: el trabajo y sus luchas sociales*, Cusco, Amauta, 1983, pp. 35-57].

Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Barcelona, Crítica, 2005.

Bandidos, Barcelona, Ariel, 1976.

“El desafío de la razón. Manifiesto para la renovación de la historia”, en *Polis*, Santiago de Chile, 11 (2005), en www.revistapolis.cl/11/hobs.htm

“Guerrillas in Latin America”, en *Socialist Register*, 7 (1970), pp. 51-61.

“Introducción” a Karl MARX y Eric J. HOBBSAWM, *Formaciones económicas precapitalistas*, México, Siglo Veintiuno, 1989, pp. 9-64.

Historia del siglo XX, Buenos Aires, Crítica, 1999.

“Los campesinos y los emigrantes rurales en la política”, en VELIZ (ed.), 1970.

Marxismo e historia social, Presentación de Osvaldo Tamain, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1983.

“Para el estudio de las clases subalternas”, en *Pasado y Presente*, 2/3 (jul.-dic. 1963), pp. 158-167.

“Peasants and Politics”, en *The Journal of Peasant Studies*, 1 (1973), pp. 3-22 [*Los campesinos y la política*, Barcelona, Anagrama, 1973].

“Peasant Land Occupations”, en *Past & Present*, 62 (1974), pp. 120-152 [“Ocupaciones campesinas de tierras en el Perú”, en *Análisis*, 2-3 (abr.-dic., 1977), pp. 111-142].

“Prólogo” a Gonzalo SÁNCHEZ y Donny MEERTENS, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia*, Bogotá, El Ancora, 1983, pp. 7-12.

Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Barcelona, Ariel, 1974.

“The Revival of Narrative: Some Comments”, en *Past & Present*, 86 (1980), pp. 3-8. [“El renacimiento de la historia narrativa. Algunos comentarios”, *Historias*, 14 (1986), pp. 9-13].

HOBBSBAWM, Eric y otros

El pensamiento revolucionario de Gramsci, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1978.

HUNT, Tristram

“Eric Hobsbawm: a conversation about Marx, student riots, the new Left, and the Milibands”, en *The Guardian* (16 ene. 2011) [Ñ. Revista de Cultura (Clarín) (25 feb. 2011)].

JOSEPH, Gilbert M.

“On the trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance”, en *Latin American Research Review*, 25 (1990), pp. 7-53.

KAYE, Harvey J.

Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1989.

MALLON, Florencia E.

“The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History”, en *The American Historical Review*, 99: 5 (1994), pp. 1491-1515.

MUSSI, Fabio y Giuseppe VACCA

“El eurocomunismo y la lenta transición de la Europa capitalista. Entrevista a Eric Hobsbawm”, en *Revista Mexicana de*

Sociología, 40 (1978), pp. 253-262 [traducido de *Rinascitá*, 12 (1977), pp. 11-13].

O'PHELAN, Scarlett

Un siglo de rebeliones anticoloniales: Perú y Bolivia, 1700-1783, Cusco, Centro Bartolomé de Las Casas, 1988.

PANFICHI, Aldo

“Una entrevista con Eric Hobsbawm (1992)”, en *A contracorriente*, 7:3 (primavera 2010), pp. 361-373.

PANIAGUA, Javier y José A. PIQUERAS

“Comprender la totalidad de la explicación histórica. Conversación con Eric J. Hobsbawm”, en *Historia Social*, 25 (1996), pp. 3-39.

PEREIRA DE QUEIROZ, Maria Isaura

“Messiahs in Brazil”, em *Past & Present*, 31 (1965), pp. 62-86. *O messianismo no Brasil e no Mundo*, São Paulo, Universidade de São Paulo, 1965.

PEREZ, Jr., Louis A.

Lords of the Mountain: Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1918, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1989.

PINTO RODRÍGUEZ, Jorge

“El bandolerismo en la Frontera, 1880-1920. Una aproximación al tema”, en VILLALOBOS *et al.*, 1989, pp. 101-122.

POZZI, Pablo A.

“Eric Hobsbawm: historia social e historia militante”, en *Espaço Plural*, VIII: 16 (2008), pp. 9-19.

SCHWARTZ, Rosalie

Lawless Liberators: Political Banditry and Cuban Independence, Durham, Duke University Press, 1989.

SLATTA, Richard

“Bandits and Rural Social History: A Comment on Joseph”, en *Latin American Research Review*, 26: 1 (1991), pp. 145-151.

SLATTA, Richard (ed.)

Bandidos. The varieties of Latin American banditry, Nueva York, Greenwood Press, 1984.

STARCENBAUM, Marcelo

“El marxismo incómodo: Althusser en la experiencia de *Pasado y Presente*”, en *Izquierdas*, 11 (dic. 2011), pp. 35-53.

STEPHENS, Bret

“Eric Hobsbawm and the Details of History. How can one explain the warm eulogies offered up for a lifelong apologist of Soviet communism?”, en *The Wall Street Journal* (5 oct. 2012).

VAN YOUNG, Eric

La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

VELIZ, Claudio (ed.)

El conformismo en América Latina, Santiago de Chile, Universitaria, 1970.

VILLALOBOS, Sergio *et al.*

Araucanía, temas de historia fronteriza, Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera, 1989.

VIVANCO, Carmen

“Bandolerismo colonial peruano, 1760-1810. Caracterización de una respuesta popular y causas económicas”, en AGUIRRE y WALKER, 1990, pp. 25-56.

